



La caza de esclavos fugitivos con perros era uno de los medios represivos más feroces que empleaban los colonizadores.



Estampa de un guerrillero cimarrón.

La política británica para liquidar las sublevaciones de esclavos no reparó en escrúpulos. El impetuoso crecimiento de la plantocracia exigía el exterminio, cualesquiera que fueran los medios, de aquellas fuerzas que se oponían a su ascenso tanto en el orden doméstico como en el marco de las rivalidades comerciales entre las grandes potencias de la época. En auge el tráfico negrero, la esclavitud constituía una base fundamental sobre la que la naciente burguesía de la metrópoli edificaba su próspera estructura económica. Nada parecía detenerla. Sólo las contradicciones internas, sabidamente explicadas por el marxismo, daban al traste con el sistema esclavista para dar paso, al desarrollarse el proceso de producción capitalista, a una nueva esclavitud, como la llamó Marx: el trabajo asalariado.

El Acta de Abolición de la Esclavitud, dictada por el Parlamento inglés en 1834, reflejo de tales contradicciones, puso término legal a una de las más monstruosas manifestaciones del régimen clasista de explotación; pero no hay dudas de que a su desaparición contribuyeron, en alguna medida, la presión de las masas de esclavos que escribieron con sangre capitales de heroica rebeldía contra la brutal opresión colonialista. Jamaica fue el escenario de una de esas grandes epopeyas.

Retomando el hilo de la historia, diremos que en 1738 el gobernador Trelawney, presionado por poderosos intereses azucareros, advirtió la necesidad de poner fin a la guerra con los cimarrones "porque así lo demandaban los principales caballeros de la isla, cansados ya de sufrir los horrores de continuas alarmas, la dureza de los deberes militares y los gastos intolerables para organizar acciones armadas contra los rebeldes". Parejos deseos, al decir de un autor, "habían manifestado algunos líderes de los cimarrones, quienes parecían experimentar serios problemas en sus abastecimientos, y se encontraban reducidos a una situación de miseria al destruirse los importantes focos operacionales".

Meses antes de conocerse las intenciones del poder colonial se habían puesto en práctica nuevos métodos para tratar de rendir por la fuerza a los que ganaban las montañas, sumándose a los núcleos de cimarrones que mantenían una guerra sin cuartel. Ninguno había dado resultado positivo. El fracaso de grupos, formados en compañías, donde se encontraban esclavos negros y mulatos, traidores a la causa cimarrónica —mercenarios que percibían dos libras esterlinas al mes— era tan evidente que fue necesario, por acuerdo de la Asamblea local, importar indios Misquitos o Misquitos (procedentes de la costa atlántica de Centroamérica), quienes traídos a la isla bajo amenazas, y sobornados con zapatos y unos pocos chelines, integraban compañías especiales para cazar cimarrones negros. Se decía de estos indios —contado por sus guías entrenados—, que daban pruebas de gran sagacidad y astucia en su servicio; y que una de sus valiosas características en la marcha por las montañas era observar un profundo silencio cuando creían estar próximos a los escondites rebeldes. Los Misquitos constituían una especie de tropa especial, extraordinariamente apta para andar en la selva, por entre la maraña vegetal, como los "hush fighting". (Etnológicamente pertenecientes a una familia de indios centroamericanos, los Misquitos se asentaban particularmente en las costas de Nicaragua y Honduras en la época del descubrimiento de América. De raza cobriza, pelo lacio negro, hoy aparecen mezclados con afrocaribeños y descendientes de indios caribes). Los indios Misquitos tampoco pudieron acabar con las sublevaciones de esclavos. Cuando se firmó la tregua en 1738, que dio origen a una momentánea pacificación de la isla, regresaron al inhóspito litoral nicaragüense, mejor recompensados.

Con el tratado firmado en marzo 10. de 1739 entre el jefe de los cimarrones de Trelawney Town, Cudjoe, y el gobernador de la isla, John Guthrie, alcanzaron su libertad, sólo para ser disfrutada en áreas que estaban bajo su

control, miles de hombres y mujeres que habían luchado por conquistar en desigual combate contra los colonizadores. Se ponía fin a la Primera Guerra Cimarrónica, que algunos autores la señalan un período de 74 años, de 1665 a 1738.

En su próximo capítulo volveremos a encontrarnos con las rebeliones de esclavos, no sólo en otra fase de la historia de Jamaica, sino en otros territorios caribeños de habla inglesa, en su contexto colonial. Sería interesante conocer también la naturaleza socioeconómica de las poblaciones de cimarrones y los hábitos de vida que le permitieron hacerle resistencia a la poderosa maquinaria de la colonización británica.

Bibliografía consultada:

- Maroons and Their Communities. Richard Price. (1973)
- Observations on the disposition, character, manners, and habits of life of the maroons negroes of the island of Jamaica, de Bryand Edwards. (1857)
- Slavery and slave revolts. O. Patterson. (1970)
- Guerrilla Warfare: an european negro view. Cap. J.G. Stedman. (Relatos 1777)